

y preciso) la imagen más nítida que Dios ha dejado inserta en el hombre. Poder conocer la verdad —y, en consecuencia, ser capaces de amar— es ontológicamente un testimonio vivo de Dios.

Por ello cabría matizar alguna de las afirmaciones que se hallan en las páginas finales de esta obra: «Las personas que han tenido con relación a Dios vivencias de gran intensidad —leemos—, ya sean positivas o negativas, teóricas o prácticas, intelectuales o afectivas, probablemente no necesitan acudir a la razón para configurar su actitud teórica y vital con respecto a Él» (p. 191). ¿No pesa demasiado en esta afirmación el lastre del equívoco anteriormente enunciado respecto al uso del término *razón*?

Porque evidentemente la historia da testimonio de que la inmensa mayoría de los santos y místicos cristianos han buscado y cultivado ardientemente el conocimiento del Dios al que amaban, entendiendo que dicho conocimiento era la respuesta adecuada que el Creador esperaba del hombre (*obsequium ratiōnabile*). Viene a la mente el criterio que enuncia Teresa de Jesús para elegir confesor: importa mucho que sea docto, más incluso que su apariencia de santidad. Y San Juan de la Cruz ha descrito en versos admirables la «busca del Amado» a través de los valles y colinas donde resuena su Voz, es decir, mediante el conocimiento del mundo.

En este contexto resulta especialmente acertada la frase que culmina este libro: «La razón, como todo lo bueno de la vida, es un don y, por lo tanto, una gracia» (p. 192). Efectivamente, también la naturaleza tiene carácter donal. Y, por ello, las actitudes libres del hombre ante Dios —aun siendo efecto de la libertad divina y de la humana— pueden ser correctas o incorrectas, naturales o contrarias al impulso más íntimo de nuestro corazón, pueden ser racionales o infundadas. Si bien nadie en su sano juicio dejará de reconocer que la naturalidad y racionalidad (quizá es mejor hablar de razonabilidad, para evitar equívocos) de la fe y religiosidad cristianas sólo la perciben con facilidad y certeza quienes se hacen como niños (Lc 19,17) y son «limpios de corazón» (Mat 5,8).

José Miguel ODERO

Oscar CULLMANN, *La oración en el Nuevo Testamento. Ensayo de respuesta a cuestiones actuales a la luz del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 1999, 249 pp., 13,5 x 21, ISBN 84-301-1316-9.

En 1994, en la editorial Mohr, de Tübinga, Cullmann publicó el ensayo *Das Gebet im Neuen Testament*, que llevaba como subtítulo *Zugleich Versuch einer*

*vom Neuen Testament aus zu erteilenden Antwort auf heutige Fragen*. La aparición de esta obra constituye un hecho digno de nota, sea por la edad de su autor —Cullmann había superado ya los noventa años—, sea por el tema, ya que los estudios sobre la oración en el Nuevo Testamento no son demasiado numerosos. Tres años después, en 1997, aparecía la segunda edición en la que el exégeta alsaciano se hacía eco de los comentarios a la primera edición pero manteniendo substancialmente intocado el texto original. La actual publicación en castellano reproduce la segunda edición, en una cuidada traducción de Manuel Olasagasti.

No es mi intención proceder aquí a un análisis desde una perspectiva exegética de esta obra de Cullmann, ya que ese intento excede mi competencia, aparte de que el libro, en su versión original alemana, es ya conocido por los especialistas. Por su tema y su enfoque se trata de un texto que, independientemente de sus aportaciones histórico-críticas, reviste especial interés desde el punto de vista de la Teología Espiritual. Ése es, por lo demás, al menos en parte, el enfoque adoptado por el propio autor. El utillaje conceptual y el modo de argumentar de Cullmann son, ciertamente, los de un exégeta, pero la obra aspira a afrontar una cuestión expresa y formalmente espiritual. Más aún, a responder, como dice el subtítulo, a cuestiones actuales, y a cuestiones planteadas no tanto por la exégesis científica cuanto por el contexto cultural y religioso contemporáneo.

Con lo que Cullmann se enfrenta es, en efecto —y así lo declara al comienzo del libro—, con la existencia de una «crisis de la oración», a la que aspira a dar respuesta desde el Nuevo Testamento. De ahí el esquema del libro, que comienza analizando las raíces intelectuales y vitales de esa «crisis de la oración», para pasar después —en el cuerpo de la obra— a un análisis de las enseñanzas neotestamentarias y concluir con una síntesis en la que, basándose en lo dicho por el Nuevo Testamento, ofrece una respuesta a las afirmaciones y actitudes que provocan la crisis, es decir, la desconfianza en la oración y el apartamiento de ella.

La primera parte —relativamente breve: pp. 23-43— es, en consecuencia, decisiva, ya que condiciona el planteamiento general del ensayo. En ella Cullmann distingue entre las dificultades que el creyente puede experimentar en su vida de oración y las objeciones que, desde una perspectiva teórica, pueden presentarse frente a ella, sea en general, sea especialmente, respecto a la oración de petición, aspecto al que concede la primacía. Centrando su atención en las objeciones frente a la oración surgidas en la época moderna, Cullmann sigue el desarrollo de las ideas desde la Ilustración hasta nuestros días, con referencias breves, pero precisas, a la línea intelectual que desde Rousseau y Kant llega hasta Schleiermacher y Ritschl. No obstante, la figura que, ya en las primeras páginas y después a lo largo de toda la obra, constituye el punto fundamental

de referencia no es ninguno de esos autores, sino alguien más cercano a nosotros: la alemana Dorothee Sölle. Se trata, ciertamente, de una figura de mucho menos relieve que las anteriores, y en ese sentido la elección realizada por Cullmann es discutible —y así se lo hicieron notar algunos críticos—; tiene, no obstante, a su favor que la obra de Sölle, en la que confluyen influjos tanto kantianos como marxistas, constituye un ejemplo muy claro de un rechazo de la oración en el que se entrecruzan un debilitamiento de la conciencia de la realidad de Dios como ser personal, y la atribución de una radical primacía a la acción y, más concretamente, a la praxis transformadora del contexto social. En ese sentido, se trata, sin duda alguna, de un referente bien elegido.

La segunda parte —con diferencia la más larga: pp. 45-189— está destinada a un análisis de las afirmaciones neotestamentarias sobre la oración, siguiendo un orden entre histórico-cronológico y sistemático: los evangelios sinópticos —capítulo en el que dedica especial atención al Padre nuestro—, el *corpus paulinum*, el *corpus ioanneum* (cuarto evangelio y cartas de San Juan), otros escritos (apartado en el que incluye los Hechos de los Apóstoles, la primera carta de Pedro, la carta de Santiago, la carta a los hebreos y el Apocalipsis). A lo largo de esas páginas Cullmann procede con el conocimiento de los estudios exegéticos que le caracteriza, y a la vez con un cierto distanciamiento respecto a ellos: evita, en efecto, entrar en debates histórico-críticos excesivamente determinados, tomando los escritos que estudia como testimonios de una tradición que puede y debe ser considerada en cuanto tal, independientemente de las cuestiones que puedan suscitarse respecto a la datación, composición, etc. de todos o de algunos de ellos.

Intentar exponer el contenido de esas casi ciento cincuenta páginas ocuparía demasiado espacio e implicaría entrar en cuestiones exegéticas que trascienden el nivel en que queremos movernos. Limitémonos, por tanto, a señalar que, a nuestro juicio —sea dicho con los riesgos que implica un resumen breve—, Cullmann asienta tres conclusiones fundamentales:

a) El Nuevo Testamento reprueba la falsa oración —es decir, aquella oración en la que hay sólo una apariencia de interpelación a Dios, pero no un auténtico dirigirse a Él, reconociendo su verdad y confiando en su amor—, pero no reprueba en modo alguno, al contrario, alaba y recomienda la oración sincera, también aquella en la que se acude a Dios exponiendo las propias necesidades, incluso las más materiales, rogando por su resolución. Oración y mensaje neotestamentario son realidades inseparables.

b) Las afirmaciones neotestamentarias sobre la oración están unidas al mensaje sobre Dios que el Nuevo Testamento transmite, como por lo demás lo hacía ya el Antiguo: es decir, la realidad de Dios como Dios vivo, como Dios

personal que ama al hombre e interviene en la historia, por lo que no sólo se le puede y debe alabar, reverenciar y adorar, sino también rogar.

c) La apertura y profundización en ese horizonte que implica Jesús y la singularidad de su unión con el Padre, de la que da testimonio su oración filial y en la que nos ayudan a profundizar tanto los escritos paulinos, en los que la oración es presentada en estrecha conexión con el don del Espíritu, como los ioanneos, en la que la oración es descrita como oración en espíritu y en verdad y, dando un paso más, como oración que se realiza en nombre de Jesús, como oración que puede pronunciar el discípulo en virtud de su unión con Jesús, presente en él.

La tercera y última parte —más breve y sintética: pp. 191-229— desarrolla las conclusiones a las que ha llegado en los capítulos anteriores, centrandose su esfuerzo en la resolución de tres de las objeciones que pueden presentarse frente a la oración y, especialmente, a la oración de petición: la presciencia de Dios que parecería hacer innecesario todo intento de manifestar nuestras necesidades; la inmutabilidad del plan divino, que parecería llevar de nuevo, aunque por otra vía, a la inutilidad de toda petición; la experiencia histórica, de la que se desprende que, de hecho, las peticiones que se dirigen a Dios no siempre son escuchadas. Al afrontar esas cuestiones, Cullmann se mueve siempre en el contexto de un análisis de los textos bíblicos, subrayando cómo, a pesar de esas dificultades —que no eran desconocidas para los escritores neotestamentarios—, el Nuevo Testamento reafirma la necesidad de la oración, y remitiendo, como vía para su resolución, a esa verdad de Dios, a la vez trascendente y cercano, que el mensaje de Jesús nos da a conocer.

Entre los autores que se ocuparon de la primera edición de esta obra de Cullmann se encuentra el jesuita italiano Corrado Marucci, que le dedicó una amplia recensión en la revista «Rassegna de Teologia» (37, 1996, 113-123). En un contexto general laudatorio, Marucci formula algunas observaciones críticas, entre ellas el hecho de que Cullmann —que en este punto entroncaría por entero con la tradición protestante— intente resolver los problemas con el solo recurso a la exégesis y la teología bíblica, sin dar entrada a una reflexión filosófica y teológico-metafísica que en algunos puntos sería necesaria. Cullmann alude a esta crítica (p. 119, en nota), para replicar que lo que intenta en este libro es responder a algunas objeciones a la oración partiendo precisamente del Nuevo Testamento, de ahí que se limite a los planteamientos de tipo exegéticos, pero sin excluir por ello la legitimidad de otras argumentaciones. La respuesta es pertinente, sólo que la lectura de la obra manifiesta que Cullmann sigue manteniendo la neta distinción entre teología bíblica y teología especulativa que ya teorizó en escritos anteriores, lo que hace que la crítica de Marucci

apunta en una dirección válida. La reflexión sobre la oración implica en efecto —como Cullmann afirma con claridad— una determinada comprensión de Dios y, en consecuencia, del hombre y de la historia, y para evidenciar esos presupuestos es necesario ir al fondo del mensaje neotestamentario siguiendo vías para las que no resulta suficiente la metodología histórico-literaria.

Terminada la tercera parte de su obra, Cullmann incluye una breve conclusión —pp. 231-232 de la edición castellana— en la que enuncia diez tesis sobre la oración. Reproduzcamos parte de una de ellas, la segunda: «el fin último de la oración es el encuentro con Dios, el acceso a su amor». Hemos escogido esta conclusión, porque la frase expresa muy bien el espíritu y la intención del libro, y por tanto su valor, aunque permite a la vez apuntar una observación crítica. La referencia al amor de Dios es, en efecto, constante en el ensayo de Cullmann, pero cabe anotar que el amor del que se ocupa es, predominantemente, el amor de benevolencia, el amor que lleva a querer el bien y a dispensarlo, y no tanto el amor que llama a la unión. Dicho con otras palabras, Cullmann acierta al dedicar particular importancia al estudio de la oración de petición, ya que este tipo o forma de la oración constituye una verdadera piedra de toque de la autenticidad de la percepción de la realidad viva de Dios y de la relación con Él, como pone de manifiesto la parábola del fariseo y el publicano, y subrayó de manera inolvidable San Agustín en su polémica con la reducción pelagiana de la oración a oración de alabanza. No obstante, una acentuación excesiva de ese aspecto o forma de oración corre el riesgo de resultar unilateral. La petición, siendo decisiva, no es el todo de la oración, y hay aspectos de la oración —pienso particularmente en los eclesiales y en los que implican o abren a la comunión entre el hombre y Dios— a los que Cullmann apenas alude, aunque diversos textos de los Evangelios y especialmente de los escritos de San Pablo y San Juan hubieran dado pie para ello.

José Luis ILLANES

Samuel FERNÁNDEZ, *Cristo médico, según Orígenes*, Institutum Patristicum Augustinianum, Roma 1999, 327 pp., 17 x 24, ISBN 88-7961-033-3.

En décadas recientes se está desarrollando una línea de investigación origeniana que está dando buenos frutos, y se muestra como camino acertado para aproximarse al pensamiento de Orígenes. Ésta consiste en centrarse en categorías simbólicas utilizadas preferentemente por Orígenes, para, desde ese punto de partida, captar de modo más amplio su pensamiento teológico. P.ej.: cautiverio (Alcáin), sacrificio (Hermans), luz (Martínez Pastor), vida (Gruber), boca y corazón (Harl).